

Relaciones Internacionales y periodismo*

International Relations and journalism

Felipe Sahagún**

Resumen

La imprenta puso fin a la Edad Media y dio vida al sistema de Estados nación en el siglo xvii. Gracias a ella, desde el siglo xix, el periodismo se convirtió en la piedra angular de las democracias parlamentarias. *Internet*, en el último cuarto de siglo, ha acelerado las grandes transformaciones internacionales –fin de la Guerra Fría, globalización, resurgimiento de China, reequilibrio de la polaridad y multiplicación de actores no estatales– y está teniendo un efecto disruptor en la vida internacional del siglo xxi. En el proceso ha socavado la función tradicional de mediación del periodismo entre el poder y el ciudadano, y ha alterado de manera radical la forma en que Estados y ciudadanos se informan y se comunican. Esta revolución, inseparable de la cuarta revolución industrial hoy en marcha, ha multiplicado la capacidad de informar de todos los actores con efectos contradictorios: por un lado, facilitando la manipulación de la verdad; por otro, impulsando la cooperación y la paz.

Palabras clave: sistema internacional, periodismo, medios de comunicación, guerra, paz, cooperación, digitalización, diplomacia, globalización, relaciones internacionales.

Abstract

The printing press put an end to the Middle Ages and gave life to the system of nation states in the seventeenth century. Thanks to it, since the nineteenth century, journalism became the cornerstone of parliamentary democracies. *Internet*, in the last quarter of a century, has accelerated the main international transformations –end of the Cold War, globalization, resurgence of China, rebalancing of polarity and multiplication of non-state actors– and is having a disruptive effect on the international life of the xxi century. In the process it has undermined the traditional mediation role of journalism between those who hold power and those who are subject to it, and has radically altered the way in which states and citizens are informed and communicate. This revolution, inseparable from the fourth industrial revolution now under way, has multiplied the capacity to inform of all actors with contradictory effects: on the one hand, facilitating the manipulation of truth, on the other forcing new forms of diplomacy, cooperation and war.

Key words: international system, journalism, media, war, peace, cooperation, digitalization, diplomacy, globalization, international relations.

* Edición revisada de la conferencia pronunciada en la FCPYS-UNAM el 11 de mayo de 2018.

** Doctor en Ciencias de la Información por la Universidad Complutense de Madrid (UCM) y master of International Affairs por Columbia University (Nueva York). Profesor titular de Relaciones Internacionales en la UCM y periodista especializado en asuntos internacionales. Desde 1989, consejero editorial del diario madrileño *El Mundo*. Correo electrónico: fmmarcos@ccinf.ucm.es

Introducción

“La política internacional no vende periódicos”, decía en su época dorada el magnate australiano de la prensa y la televisión, todopoderoso en su Australia natal, Gran Bretaña y Estados Unidos, Rupert Murdoch.

Medio siglo después de pronunciar esas palabras, los estudios de opinión le dan la razón, pero sólo en tiempos de estabilidad. El problema es que, cuando se agota un sistema internacional y nace uno nuevo—como ha sucedido con el fin de la Guerra Fría, el resurgimiento de China, la globalización y la revolución de *Internet* en el último cuarto de siglo—, la normalidad, entendida como equilibrio, desaparece, se impone la incertidumbre y la frontera entre lo local, lo nacional y lo internacional se difumina.

La política internacional ha recobrado un interés inusitado, la agenda internacional se ha globalizado, la información a golpe de *click* de ordenador o de vistazo en el móvil alcanza niveles de saturación enfermiza y el periodismo, como el poder político, se ha subido al tren digital sin entender muy bien sus consecuencias, como quien se sube a un tigre o a un caballo desbocado.

La fragmentación y el anonimato de la información en el medio digital facilitan la manipulación y todo tipo de ciberamenazas. Estamos viendo algunos de sus efectos más negativos en los millones de ataques por la red o en el gran debate sobre el uso masivo de las redes por fuerzas extranjeras para impedir la victoria de Hillary Clinton en Estados Unidos en 2016, o para dársela a los partidarios del Brexit y ayudar a los populismos en otros países europeos.

Entre los efectos positivos citaremos las revelaciones de WikiLeaks y de Edward Snowden sobre la injerencia legal e ilegal del Gran hermano orwelliano estadounidense en los asuntos internos y externos, propios y ajenos.

Sin *Internet* sería imposible el nuevo periodismo de investigación que ha sacado a la luz casos de corrupción transnacional, como el de la empresa brasileña Odebrecht por toda América Latina, o el de los paraísos fiscales denunciado en los llamados “papeles de Panamá”.

Sin las redes y la televisión por satélite, las mal llamadas primaveras árabes difícilmente habrían sucedido como sucedieron, ni las revueltas de Irán en 2009 o del Maidán de Kiev en 2013. Pero no deberíamos exagerar lo novedoso del fenómeno.

Guerras y medios de comunicación

Cada generación y, en la práctica, cada guerra importante desde mediados del siglo XIX se han visto condicionadas por un nuevo medio de comunicación, y sospecho que así seguirá siendo:

- a) sin la imprenta, el cisma de la Cristiandad que tanto daño hizo al Imperio español es impensable en el tiempo y en la forma en que se produjeron;
- b) el telégrafo revolucionó a mediados del siglo XIX el periodismo, las comunicaciones militares y la organización de los ejércitos;
- c) hasta el telégrafo, los corresponsales dependían del caballo, el carruaje, el correo humano y las palomas, y su información tardaba tanto en llegar a su destino que el efecto de sus crónicas sobre los resultados de las batallas y de las guerras era insignificante;
- d) la primera guerra que se metió en nuestras casas no fue Vietnam gracias a la televisión, sino la Guerra civil estadounidense con las primeras fotografías;
- e) gracias a la fotografía y a los transistores con baterías recargables a manivela, sin necesidad de pilas, organizaciones no gubernamentales como el Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia y la Cruz Roja pudieron ayudar a miles de refugiados perdidos tras el genocidio de Ruanda a mediados de los noventa;
- f) los gobiernos, desde los montones de cuerpos moribundos en Crimea a mediados del XIX, las guerras de los bóers, en Sudáfrica, o Antietam, en la Guerra civil estadounidense, hasta Tiananmen, en 1989, siempre han temido más a la imagen que a la palabra. Con Donald Trump, ese temor y la obsesión por dominarlo a cualquier precio han alcanzado niveles de paroxismo;
- g) cualquiera de las manipulaciones diarias en las redes que leemos deben contrastarse, para situarlas en su verdadero contexto, con la guerra inventada por el grupo Hearst en 1898 para arrebatar a España sus últimas colonias en el hemisferio occidental, la descarada manipulación del cine en la Primera Guerra Mundial y de la radio en la Segunda;
- h) su fe sin límites en la radio incipiente y en el telégrafo ya maduro convencieron al presidente Woodrow Wilson de que era posible una nueva sociedad internacional basada en otra forma de diplomacia: la diplomacia pública o abierta;
- i) pronto se desengañaría. Murió frustrado y lamentando su error. No comprendió la profunda contradicción entre la diplomacia del megáfono y la diplomacia eficaz, y la función de los periodistas en dosificar y separar de manera correcta en el tiempo lo que conviene publicar para no destruir un proceso diplomático en marcha;
- j) el miedo a la información crítica y libre que hoy profesan Xi Jinping, Vladimir Putin y casi todos los dictadores no difiere mucho del mostrado hace poco más de un siglo por el zar Nicolás II hacia el telégrafo, o por Stalin hacia el teléfono, como fuentes de desestabilización que había que atar en corto, y
- k) el fracaso del golpe de agosto de 1991 contra Mijail Gorbachov se debió, en gran parte, a la ignorancia tecnológica de los golpistas y la caída por sorpresa

del Muro de Berlín, el 9 de noviembre de 1989, tras una rueda de prensa de locos en Berlín Oriental pocas horas antes, a la ceguera del régimen comunista sobre la fuerza revolucionaria de la televisión global monopolizada todavía, hasta la Segunda guerra del Golfo (la guerra por el petróleo de Kuwait), por Cable News Network (CNN).¹

Transiciones de este calado en el mundo hemos vivido muy pocas desde el encuentro casual, no previsto, de las tres carabelas de Cristóbal Colón con las Américas hace ahora 526 años. Por ello es tan difícil encontrar luces o precedentes que nos iluminen y nos den respuestas seguras.

Globalización y periodismo

La globalización actual, impulsada por *Internet*, tiene en la información su gran buque insignia, pero ha ensombrecido la función tradicional del periodismo como el gran y casi único mediador entre el poder y el ciudadano, entre la verdad, nunca absoluta, y la verdad oficial.

Gracias a las redes digitales, ha puesto en manos del poder los medios para dirigirse de manera directa a la opinión pública y a los actores nacionales e internacionales por encima o al margen de la prensa, la radio y la televisión. Sin el filtro de edición y comprobación del periodismo tradicional, se han multiplicado las posibilidades de manipulación, desinformación y propagación de las mentiras, noticias falsas o, en el mundo trumpiano, *fake news*.

Las principales víctimas de esta revolución serán, sin duda, la libertad y la democracia, mientras no encontremos mecanismos nuevos de exigencia ética, que no pueden partir de los gobiernos, sino de la propia ciudadanía. Difícil, por supuesto, pero necesario y urgente en una sociedad internacional donde el poder, empezando por el de Estados Unidos, se ha diluido, las principales organizaciones internacionales, como la Organización de las Naciones Unidas, han perdido influencia y los espacios o ámbitos sin autoridad capaz de regularlos con responsabilidad y justicia se han multiplicado o están siendo disputados por toda clase de actores: estatales y no estatales, legales y criminales.

Los periodistas, como observadores y notarios de este torbellino, han perdido capacidades para seguir levantando acta de la realidad noticiable: elecciones, corrupción,

¹ Felipe Sahagún, *De Gutenberg a Internet. La sociedad internacional de la información. Diplomacia y periodismo. Televisión y guerra*, Estudios Internacionales de la Complutense, Madrid, 1998, pp. 366-367.

guerras, paces, delincuencia, narcotráfico, conflictos, héroes y víctimas, impunidad, etc.

Relaciones Internacionales es una ciencia a caballo entre la Sociología, la Ciencia Política, la Economía, el Derecho, la Diplomacia y la Historia relativamente reciente. Lo que entendemos por relaciones internacionales, sin embargo, se ha estudiado y recogido en textos escritos desde hace milenios y tenemos constancia de ello desde los imperios más antiguos: el egipcio, el persa, los asiáticos, la Grecia clásica y, por supuesto, el romano.

Muchos de esos textos están redactados como crónicas, análisis y reportajes, los géneros periodísticos fundamentales, aunque el concepto de periodismo no surge hasta la aparición de los periódicos, hijos de la imprenta, el invento de Gutenberg a mediados del siglo xv que dio vida al Estado-nación, núcleo central del modelo de organización internacional dominante desde la Paz de Westfalia, en 1648. Anterior en casi tres siglos a la primera referencia conocida al derecho internacional por Jeremy Bentham, filósofo, economista, pensador y escritor inglés, padre del utilitarismo, en 1780.

Las dos visiones de la vida internacional

Hasta la Segunda Guerra Mundial las dos visiones dominantes de la vida internacional fueron la antropológica, preferida de los historiadores, y la archivística o documental, la favorita de los diplomáticos y juristas. Entre ambas están los filósofos y los comunicadores, en particular los dedicados a la información de actualidad de interés público: los llamados periodistas a partir del siglo xix, con el surgimiento de la prensa burguesa, de masas, en las democracias incipientes y limitadas de Occidente.

Desde entonces, a los periodistas se nos ha identificado con los observadores y escribas de la actualidad, los productores de la materia prima, del cemento y los ladrillos con los que, con el tiempo, historiadores, juristas, sociólogos, geógrafos, economistas y politólogos construyen sus relatos del pasado.

Herodoto, considerado el padre de la Historia por su cobertura de las llamadas Guerras Médicas entre la antigua Grecia y Persia, buscó las claves del conflicto en las diferencias entre las dos culturas: las tradiciones, las costumbres, las creencias de ambas civilizaciones. Ha sido criticado durante siglos por su parcialidad en la selección de datos y su libérrimo uso de fuentes.

Tucídides, cuyas crónicas de las guerras del Peloponeso han servido al profesor Graham Allison para analizar el riesgo de confrontación armada en el siglo xxi entre China y Estados Unidos, fue mucho más estricto en el uso de fuentes y pruebas.

En los dos milenios siguientes, Maquiavelo, Ranke y Toynbee, por citar sólo a

algunos, continuaron la línea de Tucídides, pero la dicotomía entre las dos sendas de observación de la vida internacional ha seguido hasta el presente.²

Los periodistas, los corresponsales diplomáticos y los nuevos internacionalistas intentan desde hace tiempo combinar ambas tradiciones, seleccionar lo mejor de Heródoto y de Tucídides en su seguimiento de las relaciones entre los actores más importantes del sistema.

En las crónicas de los mejores corresponsales de guerra y diplomáticos del último siglo—cada país tiene sus estrellas o referencias de prestigio—encontramos esa tendencia hacia la hibridación o combinación de reporterismo, entrevistas y documentación en fuentes primarias o secundarias—las herramientas propias del periodista—y de las fuentes indispensables de los académicos: libros, leyes, ideologías, culturas, mitos, estereotipos, comercio, finanzas, inversiones, migraciones, catástrofes, tecnología, medio ambiente, etc.

Si las relaciones internacionales anteriores al Renacimiento no se pueden entender sin la historia, las del último siglo no se pueden entender sin el periodismo. “Quien esté interesado en las relaciones internacionales del siglo xx—escribe Gordon Martel en su prefacio de la obra *Global Communications, International Affairs and the Media Since 1945*—es consciente de la importancia, posiblemente revolucionaria, de los medios”.³

La opinión y la información, el reportaje y el comentario, el análisis y el editorial en prensa, radio, televisión y, en los últimos años con un crecimiento exponencial, en *Internet* “han alterado profundamente la forma en que los Estados se comunican y comunican lo que hacen.”⁴ También en su forma de informarse.

Diplomáticos, militares y periodistas

Hace apenas 30 años las líneas de separación entre diplomáticos y periodistas eran claras:

- a) la política exterior era un proceso siempre abierto, la producción de un periódico o un informativo de radio y televisión nacía y terminaba con cada edición;
- b) el diplomático estaba obligado a pensar en plazos medios, los estrategas en plazos largos, los periodistas siempre en plazos cortos de boletines, artículos, columnas o reportajes;

² Philip M. Taylor, *Global Communications, International Affairs and the Media Since 1945*, Routledge, Reino Unido, 1997. Véase el prefacio de Gordon Martel en pp. ix-x.

³ *Idem.*

⁴ *Idem.*

- c) la rapidez, no digamos la instantaneidad o el directo, siempre han sido difíciles de conciliar con el rigor;
- d) al diplomático se le exigía precisión y al militar el éxito en sus misiones; al periodista informar con honestidad y la mayor objetividad, a sabiendas de sus limitaciones;
- e) los periodistas estábamos para buscar la verdad y contársela a nuestros receptores; los diplomáticos y los militares, para cumplir los mandatos o misiones de sus dirigentes políticos;
- f) los diplomáticos, los militares y los políticos vivían de la información reservada; los periodistas de la información publicada. El diplomático tiene, pues, una obligación básica de discreción y prudencia, mientras que el periodista vive de la publicidad, y
- g) políticos, diplomáticos y militares siempre han tratado de ocultar lo que les perjudica, y casi siempre han atacado al mensajero de las malas noticias.⁵

“El periodista y el diplomático juegan al ratón y al gato”, escribió Miguel Ángel Bastenier, historiador y, hasta su muerte, en 2017, uno de los mejores representantes del periodismo internacional español. “El diplomático cuenta algo de lo que sabe al periodista para granjearse buena prensa (...) y el periodista se esfuerza por sonsacar al diplomático y así ganarse la vida”.⁶

La mayor parte de los estudios de la relación rectangular descrita procede de periodistas y de memorias de los otros actores. Suelen destacar el carácter antagónico o contradictorio de esa relación, las circunstancias especialmente hostiles compartidas. En otras palabras, lo excepcional.

Siempre habrá voces discrepantes, pero la mayor parte de los diplomáticos, militares y periodistas reconoce que la digitalización acelerada de la información ha transformado tanto el periodismo como la diplomacia, la política, la economía y la guerra. El caso extremo y más reciente de esa aceleración –me temo que no para bien– es el uso y abuso de *Twitter* por el presidente de Estados Unidos, Donald Trump, rayano en lo estrambótico y peligroso.

En mis 40 años como corresponsal en el extranjero, jefe de internacional y analista en medios impresos y audiovisuales, sin dejar nunca la universidad, la mayor parte del tiempo muchos de los periodistas que he conocido, en sus múltiples funciones de observadores de la realidad internacional, hemos actuado como carteros entre emisores y receptores.

⁵ Felipe Sahagún, *op. cit.*, p. 211.

⁶ Miguel A. Bastenier, “El impacto de los medios de comunicación en la política exterior” en *Política exterior española: un balance de futuro* (vol. 2), CEU, Madrid, 2011, p. 849.

James Reston, el corresponsal diplomático más influyente en Estados Unidos en la segunda mitad del siglo xx, lo había adelantado en su *Artillery of the Press* (1967).⁷ No hay dos medios iguales ni dos periodistas iguales ni dos ejércitos o servicios exteriores idénticos. Es mucho más fácil ser neutral en una guerra cuando los soldados que se juegan la vida son de terceros países que cuando son compatriotas y te están protegiendo como periodista empotrado, por supuesto, pero hasta 70 por ciento del contenido de los principales medios estadounidenses analizados por Reston en su día era positivo o neutral. Mi experiencia profesional y académica confirma su retrato del periodista como el cartero que nos trae la correspondencia cada día.

Funciones y roles del periodismo en las guerras

Esa función arbitral o mediadora explica la facilidad con que los grandes medios de comunicación han servido para legitimar guerras injustas, conquistas ilegales y operaciones encubiertas de todo tipo en violación flagrante de la moral y del derecho.

Una de las principales consecuencias de la revolución en las comunicaciones en el último cuarto de siglo ha sido la pérdida acelerada de esa función de filtro o intermediario que, históricamente, ha tenido el periodista entre el poder y el ciudadano. Vivimos, desde el fin de la Guerra Fría, tiempos revolucionarios tanto en la geopolítica como en la comunicación y, dentro de la comunicación, en el periodismo.

Toda revolución conlleva cambios profundos: actores que desaparecen y actores nuevos que, en muy pocos años, logran posiciones de liderazgo; superpotencias y alianzas que parecían eternas y pierden la brújula al quedarse sin enemigo, empeñándose en buscar nuevas misiones y nuevos enemigos para defender los viejos privilegios en el sistema que tan bien denunció el presidente Eisenhower en su discurso de despedida de la Casa Blanca.

¿Aprobarían o suspenderían ustedes la forma en que los grandes medios internacionales han cubierto las principales guerras de la posguerra (Golfo, Balcanes, Afganistán, Iraq, Siria, Yemen...)? ¿Y la guerra contra el terrorismo de origen yihadista? ¿Se hizo mejor en las guerras del siglo xix, en las dos guerras mundiales, en Corea, Vietnam, las cuatro guerras árabe-israelíes, las dos intifadas y la pléyade de guerras civiles que sufrieron América Latina, África y algunos países de Asia durante la Guerra Fría, algunas de las cuales aún abiertas?

En directo como periodista, e inmediatamente después, con muy poco tiempo de margen, como académico, he dedicado la mayor parte de mi vida a analizar esas guerras en la prensa, la radio y la televisión, así como la forma en que las cubrimos los periodistas.

⁷ James Reston, *The Artillery of the Press*, Harper & Row, Nueva York, 1967, p. 713.

Los historiadores occidentales solían exigir un mínimo de 30 años —en la cultura china y en otras orientales los plazos siempre son más largos— para un análisis riguroso de la realidad observada. La explosión de fuentes, la facilidad de acceso a ellas y la globalización informativa en las redes por *Internet* han dejado obsoleta, me temo, aquella regla.

El secreto, como el monopolio de la fuerza, cada día es más difícil de mantener por parte de los Estados. Los principales estudios de los conflictos más recientes a partir de información de dominio público —estoy pensando en las guerras de la posguerra fría— lo prueban.

Los grandes agujeros negros de la guerra del Golfo —centenares o miles de soldados iraquíes enterrados vivos en sus búnkeres del desierto o en la carretera de Kuwait a Irak, los supuestos arsenales químicos y nucleares del régimen de Sadam, las mentiras sobre sus misiles Patriot o las llamadas armas inteligentes estadounidenses— se conocieron gracias al mejor periodismo en pocos días o semanas.

¿Por qué, entonces, la opinión más extendida entre los académicos es que los periodistas en aquella guerra —la última del siglo xx para muchos, la primera del siglo xxi para algunos— hicieron un pésimo trabajo? Al respecto, el profesor Philip Taylor, uno de los principales expertos en el tema, contesta:

La explicación está en que los principales medios se convirtieron en beligerantes en vez de observadores objetivos y, en su mayor parte, los periodistas regurgitaron sin apenas crítica alguna lo que se les dijo: exageraron la importancia de duelos como el de los Scud-Patriot, sin apenas importancia militar alguna, minimizaron el rol de los bombardeos indiscriminados dejándose engañar por los videojuegos de guerra del Pentágono y sirvieron de instrumentos muy valiosos en la campaña de desinformación para hacer creer a Sadam Hussein que la liberación de Kuwait se haría por mar y no mediante una ofensiva relámpago y masiva por tierra.⁸

A diferencia de lo sucedido 12 años después en la invasión de Irak, fue un éxito rotundo de propaganda del Pentágono. Apenas hubo fisuras o voces críticas en los medios. En ello influyó, sin duda, la unanimidad en el Consejo de Seguridad a favor de la intervención entre las grandes potencias y en la mayor parte del mundo árabe para impedir que el dictador iraquí se hiciera con más de 20 por ciento de las reservas de petróleo de la Organización de Países Exportadores de Petróleo y pudiera seguir hasta Riad. Y concluye Philip Taylor:

Consciente o inconscientemente, los medios dieron una imagen muy distorsionada de la guerra real del Golfo en la que personas reales —sobre todo soldados iraquíes— murieron.

⁸ Philip M. Taylor, *op. cit.*, p. xii.

Y, en el proceso, se creó la ilusión de que había sido una guerra inteligente librada con tecnología inteligente que permitió reducir las víctimas al mínimo. En los dos momentos decisivos de la guerra –al final de las seis semanas de bombardeos masivos y durante la ofensiva terrestre de cien horas– los medios estuvieron prácticamente ausentes de la Operación Tormenta del Desierto.⁹

La revolución digital

A primera vista fenómenos como el periodismo tabloide, la televisión en directo y las redes de *Internet*, que han multiplicado la capacidad de informar y de desinformar, así como las dificultades para defenderse de las mentiras, están teniendo dos efectos tan revolucionarios como contradictorios:

- 1) en un mundo globalizado tenemos más datos que nunca, lo que, en teoría, debería facilitar decisiones mejor informadas de los políticos, pueblos mejor informados y, por consiguiente, más preparados para un control responsable de los ciudadanos sobre sus gobernantes, la esencia de toda democracia, y
- 2) por otro lado, la agenda internacional se ha globalizado y, para cumplir su función primordial de informar a los ciudadanos, los medios necesitan más y mejores corresponsales en más lugares, mejor formados, especializados, capaces de contar lo que sucede.

Nos encontramos, sin embargo, con una crisis económica, una revolución tecnológica, un cambio de valores y una concentración en grandes grupos que han reducido las redes de corresponsales de muchos de los grandes medios, han precarizado el trabajo de muchos periodistas y han dejado la información internacional en manos de generalistas sentados ante el ordenador, sin apenas contacto con la calle, o de becarios y eventuales mal pagados, forzados a simplificar los problemas más complejos en tuits de pocas palabras, crónicas de 59 segundos para radio o televisión, y comentarios a salto de mata en Facebook o en digitales que, con frecuencia, sólo sirven a intereses políticos o empresariales opacos que poco o nada tienen que ver con la búsqueda de la verdad y del interés general.

Desde el nacimiento de las grandes agencias internacionales de noticias a mediados del siglo XIX hasta la aparición de las superautopistas digitales globales de hoy, la velocidad y la densidad de los flujos de información han revolucionado nuestras vidas tanto o más que, en su día, lo hicieron las revoluciones agrícola e industrial.

⁹ *Ibidem*, pp. XII-XIII.

En el último medio siglo el cambio se ha acelerado tanto que resulta difícil imaginarse el mundo sin televisión, radio, móviles y ordenadores. Las tecnologías y las instituciones de la comunicación han alterado profundamente tanto la naturaleza como las fuentes de poder y de influencia a nivel nacional e internacional. Pocos avances han sido más decisivos en la sociedad internacional de hoy, salvo el motor de combustión, la electricidad, la penicilina y la ruptura del átomo, origen de la era nuclear.

La universalidad virtual

El flujo masivo de información periodística y, cada día más, no periodística sobre guerras, negociaciones, hambrunas, riadas, incendios, atentados, matanzas y homicidios genera en los dirigentes, como explicaba Michael Ignatieff en *El honor del guerrero* (1999), la necesidad de actuar, de hacer algo.¹⁰

Esa presión conduce a errores. *Twitter*, *Facebook* y la televisión en directo habrían complicado mucho la solución que se dio a una crisis tan grave como la de los misiles de Cuba en 1962, el momento en que el mundo ha estado más cerca de una guerra nuclear.

La Guerra Fría, con la amenaza de una tercera guerra mundial en el norte del planeta, ofrecía un marco relativamente claro de riesgos. La posguerra fría ha acabado con aquella seguridad y, como señala Jean Baudrillard, decano del pensamiento modernista, “cuanta más información recibimos, menos entendemos lo que sucede”.

¿Vivimos realmente en un mundo más caótico, más inseguro, o sólo nos lo parece por la saturación y sesgo de la información masiva a la que estamos expuestos en este nuevo siglo? ¿Somos los periodistas responsables, en grado mayor o menor, de ello o sus principales víctimas?

La norma de historiadores, estadistas, militares, diplomáticos y politólogos ha sido ignorar el periodismo, la comunicación y los medios en sus memorias y relatos de los grandes acontecimientos. Pocos reconocen todavía a algunos medios como verdaderos actores internacionales. Como periodista siempre me ha sorprendido, pues en los escritos periodísticos está buena parte de la obra de algunos de los principales internacionalistas estadounidenses, como Zbigniew Brzezinski o el propio Henry Kissinger, o europeos, como Raymond Aron.

La Guerra Fría de los archivos del departamento de Estado o del Kremlin se enriquece mucho cuando la pasamos por el prisma de Hollywood, Radio Moscú, Radio Pekín, la *British Broadcasting Corporation* (BBC) y la Voz de América.

¹⁰ Michael Ignatieff, *El honor del guerrero*, Taurus, Madrid, 1999.

Al final de la Guerra Fría Francis Fukuyama reconocía el impulso que la primera televisión global, la CNN, dio a la revuelta de Tiananmén y a las revoluciones democráticas en Europa del Este en 1989. “Pero la tecnología es neutral ante los valores (se puede utilizar para crear y para destruir)”, añadía, “y su capacidad de mejorar la vida humana dependerá de un progreso moral paralelo del ser humano”.¹¹

Con cada nuevo descubrimiento y avance en las comunicaciones y en el periodismo se han anunciado paraísos en la Tierra y pronosticado la unidad y la solidaridad universales. El presidente Buchanan y la reina Victoria lo hicieron en 1858 cuando inauguraron el primer cable telegráfico trasatlántico. Lo hizo Alexander Graham Bell en 1876 tras la invención del teléfono y lo volvió a hacer Guillermo Marconi tras la primera prueba con éxito de la telegrafía sin hilos.

La radio, cuyos pioneros la presentaron en los años veinte del siglo pasado como la invención que acabaría con el hambre, el analfabetismo y las grandes brechas culturales, religiosas, raciales y sociales de los países y entre unos países y otros, se convirtió en una de las armas más contradictorias o polivalentes: letal en la Segunda Guerra Mundial, en el genocidio de Ruanda y en muchos otros conflictos; salvadora en muchos otros, hasta el punto de inspirar la democratización y las principales revoluciones de colores de la posguerra fría.

Internet, que el entonces vicepresidente Al Gore presentó en 1994 como la palanca definitiva para conseguir la democracia global, se ha convertido, 25 años después, en el mejor sistema de desinformación para, con ayuda de la Rusia de Putin, colocar a un peligroso inepto como Donald Trump en la presidencia de Estados Unidos o para dar la victoria en el Brexit a una minoría decidida a romper el proyecto de construcción supranacional más positivo en la historia de la humanidad, la Unión Europea.

Conclusiones

En *La tercera ola*, en 1980, Alvin Toffler resumió la transformación de las sociedades nacionales, el elemento nuclear de las relaciones internacionales desde la Paz de Westfalia (1648), en tres fases: la agrícola hasta la Primera Guerra Mundial, la industrial, entre la Primera y la Segunda, y la posmoderna o posindustrial, basada en la información y la propaganda.

Uno de los principales politólogos de la segunda mitad del siglo xx, Harold Lasswell, definió las relaciones internacionales como un gran teatro de interacción entre los países con cuatro dimensiones: la diplomática, la económica, la militar y la informativa o psicológica, considerada por algunos la dimensión invisible u oculta.

¹¹ Francis Fukuyama, *The End of History and the Last Man*, Hamish Hamilton, Londres, 1992, p. 6.

Las cuatro están conectadas. El periodismo ha sido portaaviones de esta cuarta dimensión.

En esta nueva sociedad de información abundante y oligopolios todopoderosos, es difícil sentirse optimista, pero no todo está perdido.

Si el poder real no lo monopoliza casi nunca quien más información acumula, sino quien más credibilidad tiene como fuente, filtro, seleccionador, árbitro, analista o editor, hay esperanza. La lucha por la credibilidad es, a la larga, mucho más importante que la lucha por la información.

El éxito y el fracaso del periodismo en democracia han dependido siempre de la confianza de los receptores en los medios y en los periodistas que los hacen. Esa confianza no se gana en un día. Es el resultado de un proceso lento de reporterismo diario, con frecuencia bajo amenazas de toda clase. Y muchos periodistas lo han pagado con sus vidas.

Las nuevas tecnologías permiten a cualquiera publicar y llegar a audiencias alcanzables antes sólo por muy pocas grandes empresas. En el nuevo mapa internacional se consolidarán sólo quienes sepan utilizar mejor los nuevos medios con rigor, calidad e interés, cualidades esenciales del mejor periodismo de siempre. Los demás desaparecerán.

Todos estamos adaptándonos, pero yo confío en que el buen periodismo sólo lo podrán hacer los buenos periodistas, sea cual sea la herramienta que utilicen. Recuerden: Cervantes no necesitó *Internet* para escribir *El Quijote*, Octavio Paz tampoco para *El laberinto de la soledad* ni García Márquez para su obra áulica, *Cien años de soledad*.

Fuentes consultadas

- Bastienier, Miguel A., "El impacto de los medios de comunicación en la política exterior" en *Política exterior española: un balance de futuro* (vol. 2), CEU, Madrid, 2011.
- Fukuyama, Francis, *The End of History and the Last Man*, Hamish Hamilton, Londres, 1992.
- Ignatieff, Michael, *El honor del guerrero*, Taurus, Madrid, 1999.
- Reston, James, *The Artillery of the Press*, Harper & Row, Nueva York, 1967.
- Sahagún, Felipe, *De Gutenberg a Internet. La sociedad internacional de la información. Diplomacia y periodismo. Televisión y guerra*, Estudios Internacionales de la Complutense, Madrid, 1998.
- Taylor, Philip M., *Global Communications, International Affairs and the Media Since 1945*, Routledge, Reino Unido, 1997.